

4. Política internacional desde abajo. Protestas populares y la Doctrina Meléndez¹

Héctor Lindo-Fuentes²

Resumen

La historiografía tradicional presenta a la política exterior salvadoreña de principios del siglo XX de manera favorable. Se habla de la Doctrina Meléndez como un ejemplo del valiente nacionalismo de las élites gobernantes ante la actitud intervencionista de Estados Unidos en Centroamérica. El estudio de fuentes desclasificadas del Departamento de Estado de Estados Unidos y de documentos del Ministerio de Relaciones Exteriores de El Salvador, además de periódicos y otros impresos de la época, muestra que la presión de los grupos populares urbanos fue el verdadero determinante de la política independiente del Estado salvadoreño. El artículo describe una fuerza de gran importancia en la vida política salvadoreña de la época que hasta el momento ha sido ignorada por nuestra historiografía: la intensa y temprana actividad de las nuevas agrupaciones de artesanos, obreros y estudiantes movilizados alrededor del tema del antiimperialismo.

Palabras clave: El Salvador, antiimperialismo, movimientos populares, relaciones El Salvador-Estados Unidos, Doctrina Meléndez, intervencionismo estadounidense.

Introducción

Entre febrero y abril de 1916, el Senado de Estados Unidos y el Congreso de Nicaragua ratificaron el tratado Bryan-Chamorro que concedió a Estados Unidos el derecho exclusivo de construir un canal a través de Nicaragua, además de otorgar un contrato de arrendamiento por noventa y nueve años para establecer una base naval en el Golfo de Fonseca. El gobierno de El Salvador consideró que Nicaragua no tenía derecho a otorgar el contrato de arrendamiento, ya que parte de la costa del pequeño golfo estaba en territorio salvadoreño. En agosto, el gobierno de El Salvador presentó una protesta en contra del tratado ante la Corte Centroamericana de Justicia. El fallo de la Corte aceptó el argumento de El Salvador. La historiografía actual considera que las acciones salvadoreñas para detener

el Tratado Bryan-Chamorro fueron un gran momento para la diplomacia nacional. El país demostró que no iba a ser una víctima del imperialismo y estaba listo para hacer valer sus derechos ante un tribunal internacional desafiando al país más poderoso del hemisferio.

Los argumentos utilizados por el gobierno salvadoreño en la Corte Centroamericana recibieron el nombre de “Doctrina Meléndez”, en honor del presidente Carlos Meléndez (1913-1921) cuya administración presentó la demanda ante la Corte.³ Presentada como el equivalente de la Doctrina Monroe, era una contribución excepcional de El Salvador al derecho internacional y una insignia de honor para la diplomacia salvadoreña. La prensa publicó artículos alabando a los juristas del gobierno y a los brillantes líderes del país. Las editoriales locales imprimieron folletos y libros que elogiaban esta gran contribución (El Salvador, Ministerio de Cultura, 1949; Rodríguez González, 1917). Incluso hoy en día, bajo un gobierno dominado por la izquierda política, los sitios Web del Ministerio de Relaciones Exteriores y de la Corte Suprema de Justicia de El Salvador tienen secciones dedicadas a este momento glorioso en la diplomacia salvadoreña y en su pensamiento jurídico.

Es una historia satisfactoria desde todo punto de vista. Para la derecha salvadoreña, el nacionalismo y la independencia de los dictados de los Estados Unidos y las presiones internacionales tienen un gran atractivo, sobre todo cuando significa tener la oportunidad de definir, o desfigurar, los derechos humanos o las normas laborales y ambientales. Para la izquierda, la historia es la de un pequeño país que demostró ser capaz de ejercer protagonismo y llevar a cabo actos de resistencia, inclusive de desafío, para confrontar a los poderosos. Aún más, el gobierno lo hizo tan bien que no pagó ningún precio tangible por su actitud. El Salvador nunca fue invadido y nunca se le negó nada de lo que los países vecinos recibieron. Los Estados Unidos siguieron interesados en financiar la deuda de El Salvador y de incrementar el comercio. Cuando un terremoto causó graves daños en San Salvador en 1917 el embajador de EE.UU. tomó medidas decisivas para asegurar ayuda de emergencia.

Mis sospechas sobre esta historia comenzaron cuando leí un relato periodístico de 1922 sobre un almuerzo en San Salvador al que asistieron los Bryan, (William Jennings y su esposa María) y los Meléndez (el presidente Jorge y su esposa Tula). Esto era extraño, Carlos, el hermano de Jorge, había dado su nombre a la Doctrina Meléndez; sin embargo Jorge tenía frases muy elogiosas para Bryan. Bryan, a su vez, hizo grandes

esfuerzos para ser amable con el presidente Meléndez. Cuando más tarde se enteró de que la esposa del joven presidente había dado a luz a una niña, se apresuró a enviar sus felicitaciones (“Usted ha elegido un nombre muy bonito para la niña, estoy seguro que ella será digna del mismo”) (Bryan, a). Al parecer, Bryan, ahora fuera de su cargo, no albergaba rencor alguno a los que habían desafiado a un tratado que él había firmado y constituía el pilar de la política de EE.UU. en el vecindario del Canal de Panamá. Meléndez, mientras tanto, había desarrollado sentimientos de amistad hacia el hombre que había intentado violar la sagrada soberanía del pueblo salvadoreño.

Este trabajo es mi primer intento de proporcionar un contexto más profundo a las acciones de las autoridades salvadoreñas y revisar el relato del nacionalismo de élite. La ponencia, en proceso, revela la importancia de las asociaciones urbanas de reciente formación que, alimentadas por la ira antiimperialista, organizaron redes nacionales y transnacionales, y entraron en la escena política, que tal fuerza que obligaron a las élites a cambiar su respuesta a las acciones de Estados Unidos en Nicaragua.⁴

La narrativa triunfante de la diplomacia independiente de El Salvador comienza con las medidas tomadas por el presidente Manuel Enrique Araujo (1911-1913), el predecesor de Carlos Meléndez, cuando reaccionó a la intervención de EE.UU. en Nicaragua en 1912. Araujo escribió una carta desafiante advirtiendo al Presidente Taft acerca de la imprudencia de enviar marines a Nicaragua para inclinar la balanza en una guerra civil. La ponencia comenzará examinando el trasfondo de las acciones de Araujo.

A finales de la primera década del siglo XX, el poder de los Estados Unidos había sido abundantemente demostrado con la guerra hispanoamericana y la independencia de Panamá. Las visitas periódicas de la Flota del Pacífico a los puertos de la costa centroamericana eran recordatorios útiles de quien era el matón del barrio. Muchos editorialistas salvadoreños desconfiaban de las intenciones de Estados Unidos en la región. Refiriéndose a la situación en Panamá un periódico dijo que “en medio del silencio más profundo se van apoderando los yankis son poco a poco toma de las tierras” y “el esclavo que se creía libre ha tenido que doblar la rodilla para besar la mano del amo” (La suerte de Panamá . 1908).

Por otro lado, los líderes salvadoreños podían usar el interés de Estados Unidos en la estabilidad regional como elemento útil para hacer frente a los problemas que causaban rivalidades regionales de larga data (la competencia decimonónica entre los líderes de Guatemala y Nicaragua era fuente de inestabilidad continua). El origen de esta dinámica se remonta a 1839, cuando los países de América Central, que habían logrado la independencia, juntos como una federación, se dividieron en cinco países diferentes. Al igual que muchas relaciones complejas que llegan a su fin, el acto de separación no significó el fin del interés por las antiguas relaciones o la tentación de inmiscuirse en sus asuntos. La intromisión era mutua, persistente e indignante. A finales del siglo XIX hubo esfuerzos por revivir la federación, pero el proceso fue fuertemente afectado por las ambiciones de los líderes de Guatemala y Nicaragua de ponerse a la cabeza del proceso. Los otros países de Centroamérica, particularmente El Salvador y Honduras, estaban constantemente lidiando con los esfuerzos de las dos potencias dominantes de poner políticos amigos en el cargo. Como los intereses estratégicos de Estados Unidos en la región después de 1898 requerían la estabilidad política en América Central, los líderes salvadoreños reconocieron que se trataba de un nuevo elemento en la dinámica regional que podían utilizar a su favor.

Por lo tanto, el gobierno de El Salvador tuvo cuidado de no enemistarse con los Estados Unidos. El gobierno dio concesiones a los intereses bananeros y ferrocarrileros de Estados Unidos, ratificó todos los convenios de la tercera conferencia panamericana, y firmó los primeros tratados de la estructura del derecho internacional que Estados Unidos estaba construyendo para preservar la estabilidad en la región del Caribe.

La primera advertencia de que el alcance de las ambiciones de Estados Unidos podría acercarse a las fronteras del país se dio en noviembre de 1909. Estados Unidos envió buques de guerra y marines a Nicaragua para proteger la propiedad estadounidense y apoyar a la oposición a José Santos Zelaya, el presidente de Nicaragua que se había puesto irritante después de que Estados Unidos prefirió Panamá a Nicaragua para construir su canal.

La caída de Zelaya, sin embargo, no aumentó las hostilidades latentes de los salvadoreños hacia los EE.UU., al menos no a nivel de gobierno. Por el contrario, el presidente Fernando Figueroa (1907-1911) dio la bienvenida a la salida de Zelaya. Los dos presidentes centroamericanos eran enemigos acérrimos. Figueroa había ayudado a actividades contra

Zelaya, quien, a su vez, habían apoyado una sangrienta invasión armada del occidente de El Salvador en junio de 1907. Durante las nueve semanas que transcurrieron desde el comienzo de la rebelión contra de Zelaya y su caída, la prensa salvadoreña siguió el proceso muy de cerca proporcionando detalles en reportes de primera página. Como lo puso un observador español, la prensa salvadoreña tomó partido contra Zelaya quien habían hecho caso omiso a reformas internas con el fin de “ejercer su hegemonía” sobre los países vecinos “más allá del límite razonable” (Beltrán y Rózpide, 1913, p. 104). Después de que la administración de Taft envió marines para ayudar a la caída de Zelaya, el gobierno salvadoreño no cambió su política de plegarse a los deseos de Estados Unidos. A lo largo de 1910 Figueroa se aseguró de que el país se apegara a todas las estipulaciones de los tratados centroamericanos de 1907 que habían sido patrocinados por los gobiernos de México y Estados Unidos para asegurar la estabilidad en la región. En enero de 1910 San Salvador fue sede de la segunda conferencia centroamericana dispuesta por los tratados.

Cuando el 15 de septiembre, durante una actuación teatral un actor pronunció un discurso antiimperialista muy apasionado (con gran aprobación del público), el presidente hizo lo posible para asegurar al representante estadounidense que él no compartía esa actitud. El representante estadounidense estaba convencido de que el presidente era sincero; de hecho, escribió al Departamento de Estado diciendo que “con la oposición a los Estados Unidos se dirige un golpe furtivo al Gobierno de Salvador cuya política hacia los Estados Unidos es amistosa” (Dabney, 1968a).

El gobierno también se apresuraba a decirle al representante de América cada vez que censuraba artículos periodísticos que podían enardecer el antiamericanismo latente. Este fue el caso cuando el gobierno censuró un artículo de la Associated Press sobre un incidente que había provocado fuertes reacciones en México: el linchamiento de un ciudadano mexicano en Texas.⁵

Un ejemplo más significativo de la ansiedad de Figueroa de mantener contento al gobierno de EE.UU. fue su esfuerzo para obtener la aprobación del Departamento de Estado antes de elegir a su sucesor. En octubre de 1910 envió un emisario secreto a Washington con una lista de nombres de posibles sucesores. El jefe de la División de Asuntos de América Latina, que había sido ministro en El Salvador hasta febrero de 1909,

sugirió una respuesta que evitaba compromisos y le dijo a su jefe que el Departamento de Estado debía retrasar la respuesta, “hasta después de ver a un caballero que estaba por llegar en un cuantos días” (Dodge, 1967). El otro caballero resultó ser René Keilhauer, representante de la United Fruit Company, que envió otro mensaje al Departamento de Estado dando su propia opinión sobre las elecciones salvadoreñas. Mencionó que el actual vicepresidente, Manuel Enrique Araujo, era conveniente para los intereses de Estados Unidos y dijo que había discutido con él lo que tenía que hacer para obtener el apoyo estadounidense. Los datos estaban en un memorando que el candidato leyó y aceptó (Keilhauer, 1967). Al fin y al cabo Araujo fue elegido Presidente de El Salvador en marzo de 1911. El ministro de los Estados Unidos en San Salvador, William Heimké, escribió a casa satisfecho diciendo que el nuevo presidente apoyaba el proyecto del ferrocarril de la United Fruit Company y era favorable a los intereses estadounidenses.

Tan pronto como fue elegido, antes de su toma de posesión, Araujo hizo una visita personal al Ministro Heimké. Según despacho del Ministro de fecha 12 de enero: “En una visita esta mañana el presidente electo Araujo me pidió de manera confidencial que le dijera qué tratados le agradaría al gobierno de los Estados Unidos promulgar con el gobierno de El Salvador para luego, en el momento, someterle proyectos de tratados para su consideración. Agregó que desearía que la presentación de dichos tratados a la Asamblea Nacional estuviera entre los primeros actos de su administración” (Heimké, 1968aa). Los diplomáticos de Gran Bretaña estaban muy conscientes de las inclinaciones pro Estados Unidos de Araujo. Según un informe británico, “la predilección del presidente Araujo por Estados Unidos es bien conocida, se dice, de buena fuente, que antes de su elección le ofreció el presidente Taft, a cambio de su apoyo y, que a lo largo de su administración iba a dar preferencia a los intereses de Estados Unidos” (Heimké, 1968aa).

Araujo necesitaba urgentemente el apoyo de EE.UU. Estaba rodeado de enemigos, en ausencia de Zelaya en Nicaragua, el Presidente de Guatemala, Manuel Estrada Cabrera, se hizo cargo de apoyar a exiliados salvadoreños con el fin de aumentar su influencia en América Central. A lo largo de su primer año en la presidencia el Dr. Araujo estaba bajo la constante amenaza de exiliados salvadoreños apoyados por Guatemala.

A tres meses de la llegada al poder del nuevo gobierno se descubrió un complot dirigido por Carlos Dárdano en alianza con Prudencio Alfaro,

un político que pasó décadas tratando de obtener la presidencia a través de medios violentos forjando alianzas con los países vecinos (en primer lugar con Nicaragua y más recientemente con Guatemala). Con Araujo en el poder, Alfaro y sus compañeros querían ser vistos como defensores de la soberanía del país. Uno de los documentos que se encontraron entre los conspiradores hablaba sobre la necesidad de advertir a la ciudadanía acerca de la magnitud de la amenaza a la independencia del país y la indiferencia vergonzosa del gobierno ante “los atentados monstruosos cometidos diariamente contra nuestros hermanos en toda Centro América por los futuros conquistadores de nuestra raza”, y hablaba sobre la necesidad de crear un nuevo partido político dedicado a oponerse al imperialismo yanqui (Heimké, 1967c). El Antiimperialismo de Alfaro es un poco sorprendente, los historiadores lo han retratado como particularmente favorable a los negocios EE.UU. El embajador español creía que en el pasado los EE.UU. había apoyado Alfaro con la esperanza de obtener un trato más favorable. Sin embargo, la capacidad de Alfaro para cambiar de lado estaba bien establecida. Él había sido aliado de Zelaya de Nicaragua y luego recibió el apoyo del archienemigo de Zelaya, Estrada Cabrera de Guatemala (Schoonover, 1989). La existencia de este documento indica por lo menos que Alfaro y Dárdano pensaban que el antiimperialismo era un tema que podía ayudar a reclutar la gente para apoyarlo en su búsqueda de poder. Por otra parte, el gobierno de Araujo se apresuró a entregar una copia del documento de Dárdano al Ministro Heimké, indicando de esta manera que el nuevo presidente era el verdadero amigo de los EE.UU.

Cada vez que el gobierno de Araujo identificaba conspiraciones organizadas por Prudencio Alfaro con la ayuda del Presidente de Guatemala o de su aliado, el presidente de Honduras, el Presidente Araujo en persona o su Ministro de Asuntos Exteriores corrían a la Legación Americana en busca de apoyo contra los matones regionales. Las reuniones eran siempre fructíferas. En octubre de 1911, el Presidente informó al Ministro Heimké que el gobierno de Guatemala estaba ofreciendo apoyo a una invasión a El Salvador (Heimké, 1967b). El Departamento de Estado pidió de inmediato más información a su enviado en Guatemala. Secretario de Estado Knox dio instrucciones precisas al enviado en Guatemala que informara a Estrada Cabrera de sus obligaciones en virtud de los Tratados de Washington de 1907 y le advirtió sobre las consecuencias negativas “en el caso de que el movimiento hostil contra el Gobierno de El Salvador no cesara” (Heimké, 1967b). La secuencia de acontecimientos se repitió en enero, otra amenaza, otra advertencia. En esta ocasión el secretario Knox

fortaleció su lenguaje e instruyó a la Legación en Guatemala “mencionar este asunto al Presidente de Guatemala indicándole de forma enfática la necesidad absoluta de poner fin a este movimiento hostil” (P. Knox, 1968a). Independientemente de los sentimientos personales de Araujo con respecto al intervencionismo de EE.UU., necesitaba el apoyo de los Estados Unidos y estaba dispuesto a ser servicial.

El acto de equilibrio político de Araujo se hizo más difícil en febrero de 1912 cuando la prensa salvadoreña anunció que el Secretario de Estado de EE.UU., Philander Knox, estaba planeando una gira por Panamá, los cinco países de Centroamérica, República Dominicana y México. La construcción del Canal de Panamá estaba muy avanzada y el viaje estaba destinado a ser un gesto de buena voluntad y un esfuerzo por promover los beneficios que se derivarían del canal. Los documentos preparados para Knox indican, que el Departamento de Estado esperaba, que la visita a El Salvador transcurriera sin problemas. Las viñetas biográficas presentadas a Knox en preparación para el viaje describían a Araujo como alguien que “profesa amistad a Estados Unidos” y “favorece los proyectos que ayudarán al comercio”, mientras que el ministro de Asuntos Exteriores se describía como “muy amistoso con los Estados Unidos” (P. C. Knox,). Cuando se trataba de ideas para los discursos del Secretario le dijeron, “En Salvador, no parecen necesarias precauciones especiales. Amistad, amabilidad, respeto a los acuerdos de Washington, desarrollo interno y las ventajas incidentales del Canal podrían elaborarse en un discurso de veinte minutos” (P. C. Knox,).

El viaje no transcurrió exactamente como estaba previsto. En El Salvador el antiimperialismo se había estado gestando desde la independencia de Panamá. El anuncio de la visita de Knox brindó la ocasión para que saliera a la superficie. Los columnistas de periódicos cuestionaron los motivos de la visita de Knox: “[Esperamos] que esta visita no sea el primer paso hacia el avance de dominio y del protectorado” (En vísperas de la venida de Mr. Knox . 1912), dijo un diario local. Los periódicos compitieron entre sí en la creación de las metáforas más vívidas para retratar la amenaza del coloso del norte. Un periódico argumentó que “al estigma de la raza maldita quemará nuestra frente, y como perro nos lanzará de nuestro hogar, de nuestra amada tierra, de nuestra bella e incomparablemente hermosa Centro América” (Hidalgo Morales, 1912a). El Ministro Heimké estaba

seriamente preocupado, incluso hubo sugerencias de un complot para asesinar a Knox.

En esta atmósfera de agitación alrededor de la visita del Secretario de Estado, el Ministro de Asuntos Exteriores visitó a Heimké para decirle que tenía información de que Manuel Ugarte, un autor argentino famoso por sus escritos antiimperialistas, estaba a punto de visitar El Salvador.

Ugarte estaba en Guatemala. Diversas asociaciones de estudiantes, artesanos y trabajadores salvadoreños ya estaban en contacto con él. Él estaba preparando sus maletas para el viaje hacia el puerto del Pacífico para tomar un barco hacia El Salvador, cuando varias organizaciones escribieron para decirle que no hiciera caso si alguien trataba de persuadirlo contra el viaje. Al principio no sabía cómo interpretar el mensaje, pero luego recibió una serie de telegramas de fuentes oficiales y directores de periódicos diciendo que estarían encantados de darle la bienvenida después del 15 de marzo. Es decir, le pedían que llegara después de terminada la visita de Knox (la visita estaba prevista para el 11 12 y 13 de marzo). Ugarte intentó desembarcar en El Salvador el 2 de marzo cuando su vapor llegó al puerto de Acajutla, pero no se le permitió proceder a San Salvador (Heimké, 1968ab). El Presidente envió un mensajero personal para decir a Ugarte” que los jóvenes se encontraban en estado de excitación, que se están preparando manifestaciones, “estaba claro que con la proximidad de la llegada de Knox, la visita de Ugarte” podría dar lugar a incidentes desafortunados” (Ugarte, Rippey, & Phillips, 1925, p. 96).

Durante la estadía de Knox en El Salvador la situación estaba bajo control y la prensa se abstuvo de ataques directos. Sin embargo, nada detuvo a que hubiera periodistas ingeniosos que escribieran sobre la historia. En medio de la visita un periódico publicó un artículo acerca de William Walker, el famoso filibustero americano que había tomado control de Nicaragua a mediados del siglo XIX (Lecciones que han debido aprovecharse. La guerra del filibusterismo 1855-1857. 1912). No era necesario mucho ingenio para adivinar las intenciones del escritor.

Cuando Manuel Ugarte llegó dos semanas más tarde se hizo evidente que el sentimiento antiimperialista iba mucho más allá de unos cuantos periodistas alborotadores. Su visita había recibido el fuerte apoyo de una amplia variedad de organizaciones urbanas que se había formado en gran medida en los últimos diez años [más adelante daremos mayor información sobre estas organizaciones]. Grupos de artesanos

y de estudiantes habían preparado una gran bienvenida en el puerto de Acajutla. El gobierno, a sabiendas de que la recepción en el puerto podía crear situaciones incómodas, obligó Ugarte a desembarcar en La Libertad. Los partidarios de Ugarte no se inmutaron y rápidamente organizaron una ceremonia de recepción en San Salvador. La injerencia del Gobierno había enardecido a la multitud. El evento se caracterizó por ser escandaloso, y se pronunciaron “los discursos más violentos.” Hubo discursos de Leopoldo Valencia de la Federación de Obreros y Joaquín Bonilla de la Sociedad de Artesanos. Joaquín Bonilla dijo que “en otras épocas nos atacaron con bayonetas, pero ahora con el dólar. Pero nos hemos dado cuenta de que la superioridad está en la educación y hemos empezado a crear en cada escuela una ametralladora.” El discurso principal en nombre de los estudiantes universitarios estuvo a cargo de un joven estudiante llamado Salvador Merlos. No tenemos una copia de su discurso, pero sabemos que”, recordó la invasión del pirata Walker en 1856 y la explosión de sentimientos que despertó a toda América Central en su contra” (Ugarte et al., 1925, p. 100). Podemos hacernos una idea del estilo retórico de Merlos a través de un libro publicado dos años más tarde en la que explicó sus opiniones sobre el imperialismo yanqui. “Las águilas del norte”, escribió, “sedientas de sangre y de conquista, llegaron a nuestros lares y sembraron en ellos la desolación y el exterminio, sus picos corvos y ensangrentados ya con sangre filipina y puertorriqueña, se hundieron en el cuerpo adolescente de Nicaragua estrangulando su autonomía” (Merlos, 1914, p. 6).

Según el diario *El Independiente*, se hincharon los corazones de patriotismo y se pusieron las cabezas en alto (citado en Ugarte et al., 1925, p. 100). Los recuentos más comedidos minimizaron el carácter antiimperialista de la reunión, pero de todas maneras su mensaje de apoyo al escritor argentino era considerado positivo.

La popularidad de Ugarte creó dificultades para el gobierno Araujo. Dos días después estaba programado para dar un discurso sobre el imperialismo a un grupo de estudiantes universitarios, pero el presidente Araujo personalmente le solicitó que escribiera a los estudiantes diciendo que no podía hablar de sus opiniones sobre las actividades de Estados Unidos en América Latina. Cuando los estudiantes se enteraron de esto, escribieron una carta con 260 firmas pidiendo a Ugarte que desafiara al presidente (Ugarte et al., 1925, p. 103).

Frente a una situación de fuerte antiimperialismo entre los grupos urbanos más organizados, por un lado, y las políticas cada vez más agresivas de Estados Unidos, por el otro, Araujo optó por medidas que hicieran innecesario que los EE.UU. llevaran a cabo más intervenciones. Por abril de 1912 los Gobiernos de Honduras y Nicaragua, en particular el último, enfrentaban problemas financieros que estaban a punto de obligarlos a pedir asistencia financiera de Estados Unidos. Todo el mundo sabía lo que significaba esa asistencia. Desde 1905, la República Dominicana ha tenido que aceptar una suspensión de pagos de aduana administrado por Estados Unidos a cambio de préstamos. El acuerdo significó la pérdida de la independencia financiera. En vista de la posibilidad de una mayor injerencia de EE.UU. en la región, Araujo se acercó a los gobiernos de Honduras y Nicaragua que ofrecen fondos para evitar su llamamiento a los EE.UU. De acuerdo a los documentos oficiales británicos, “esta oferta, . . . se había hecho como un medio de prevenir la intervención de banqueros de Estados Unidos” (Haggard, 1991a, p. 3). Sin embargo, el presidente Araujo todavía se esforzó por mantener los EE.UU. feliz. En mayo, él aseguró al gobierno de EE.UU. que estaba suprimiendo artículos hostiles en la prensa.

La situación se complicó cuando el gobierno Nicaragüense patrocinado por Estados Unidos confrontó la sublevación del general Luis Mena, que comenzó el 29 de julio de 1912. La situación empeoró tanto que era evidente que era inminente una invasión de EE.UU. a Nicaragua. La posibilidad de tal evento presentaba a Araujo con una difícil disyuntiva. Si apoyaba la invasión corría el riesgo de alienar a la población que cada vez estaba más inquieta en circunstancias en que su control del poder seguía siendo débil. La otra opción era una confrontación abierta con un país poderoso que, como dijera el enviado británico, estaba “haciendo grandes esfuerzos para adquirir una influencia indisputable y suprema sobre los países que bordean el Mar Caribe” (Carden, 1991, p. 5).

El presidente de El Salvador optó por un enfoque preventivo. Envío un representante que tuvo numerosas reuniones con el Presidente de Nicaragua y los rebeldes de la oposición para tratar de obtener “un armisticio y con bases decorosas de paz” (El Salvador ante el conflicto de Nicaragua. 1912). Después del fracaso de esa misión trató de coordinar acciones con Honduras, Guatemala y Costa Rica para detener la guerra civil. Esa iniciativa tampoco funcionó. Luego ofreció tropas a Adolfo Díaz, el presidente de Nicaragua, para apoyarlo en su lucha contra los

rebeldes. También ofreció apoyo financiero a Díaz (Heikmé, p. 1047).

El gobierno salvadoreño fue muy explícito en que el objetivo principal era evitar una intervención militar de EE.UU. El 3 de agosto de Araujo pidió a su enviado que se acercara al Ministro de EE.UU. en Nicaragua para decirle que “la intervención es altamente perjudicial á política americana y provocaría un gran escándalo en todo el Continente y especialmente en Centro-América, de consecuencias difíciles de prever” (Telegrama del Presidente de la República al Ministro de El Salvador en Managua. 1912). Dos días más tarde le pidió a su representante en Washington que organizara a los diplomáticos centroamericanos para que tomaran una acción concertada para abordar el Departamento de Estado “para evitar intervención en Nicaragua” (Cablegrama del Presidente de El Salvador a la Legación en Washington. 1912). Después, le escribió a su embajador en Nicaragua diciéndole que era necesario evitar la intervención de EE.UU. También escribió a los presidentes centroamericanos para coordinar un mensaje al Departamento de Estado para evitar la intervención. Las respuestas de sus colegas fueron declaraciones expresando el deseo por la paz en Nicaragua, pero sin comprometerse a entregar un mensaje claro a los Estados Unidos. A finales de agosto Araujo había llegado a hacer arreglos con las compañías de ferrocarril y de vapores para transportar mil tropas a Nicaragua para ayudar al gobierno conservador y terminar rápidamente la guerra. El proyecto fue abandonado el 21 de agosto (Heikmé, p. 1047).

A Araujo se le terminaban las opciones y decidió enviar un mensaje directo a Taft advirtiéndole “complicaciones graves si las tropas estadounidenses entran en territorio nicaragüense”, y sugiriendo una solución negociada a la crisis que incluía la sustitución del Presidente de Nicaragua con un candidato de compromiso. El 4 de septiembre el Ministro de EE.UU. entregó la respuesta de Taft en persona. El mensaje era inequívoco, decía que el Gobierno de los Estados Unidos no tenía intención de “dejar su Legación y la vida y propiedades de sus ciudadanos en Nicaragua a merced de una rebelión sin fundamento.” El mensaje de Taft terminó con una advertencia velada sugiriendo que tenía información de que El Salvador estaba ayudando a los rebeldes nicaragüenses. Por otra parte, el Departamento de Estado dio instrucciones al Ministro de pedir una audiencia con Araujo para entregar el mensaje escrito y añadiendo que “en su conversación no debe dejar ninguna duda en la mente del Presidente y del Gobierno

de El Salvador que sus motivos y actividades están bajo considerable sospecha y están siendo observados. . . y que la calidad de la amistad del Gobierno de Salvador se mide por su actitud en el terreno” (Wilson, b, p. 1042).

Los Marines estadounidenses invadieron Nicaragua entre el 28 de agosto y el 4 de septiembre, pero la guerra civil en Nicaragua continuó hasta mediados de octubre. La prensa salvadoreña dio descripciones detalladas de la llegada a los puertos nicaragüenses de los barcos de guerra, el USS Denver y el USS California, llevando cientos de marines con ametralladoras y artillería pesada, reportaron que miles más estaban en camino (Sucesos de Nicaragua. Estados Unidos en Nicaragua. 1912). Las preocupaciones de Araujo con la posibilidad de disturbios se convirtieron en realidad. Como dijo el representante de EE.UU. “la población de Salvador se levantó en señal de protesta” contra la intervención de EE.UU. (Heimké, 1967d).

Todavía estaban desembarcando los marines en los puertos nicaragüenses cuando los estudiantes y los trabajadores en San Salvador comenzaron a distribuir panfletos llamando a un mitin a las siete de la tarde en el Parque Bolívar (ahora Plaza Barrios) para discutir “el asunto de la infamada soberanía nicaragüense” A pesar de la fuerte lluvia (el cielo oscuro “que parecía participar de la tristeza de este pueblo eminentemente centroamericano”, dijo un periódico), multitudes de trabajadores y estudiantes se aglomeraron en el parque. Después de discursos elocuentes la multitud se dirigió a la mansión presidencial. El Presidente se vio obligado a ir al balcón del segundo piso del edificio para dirigirse a la multitud. A juzgar por los informes de prensa se las arregló para elaborar un discurso dando a entender que él estaba en el lado de los manifestantes pero sin criticar directamente a Estados Unidos (La manifestación de anoche. 1912).

Había grupos de trabajadores organizándose no sólo en San Salvador, sino también en pueblos y ciudades de todo el país para protestar la “intervención yanqui en los asuntos interiores de Nicaragua”. En Santa Ana se reunieron el 8 de septiembre los miembros de las sociedades de obreros José Matías Delgado, Porvenir de Obreros y Unión de Obreros para organizar una manifestación. El periódico local los apoyó y animó a “todos los pueblos de la República para que hagan manifestaciones al

igual que en la capital y en Santa Ana” (Protesta de los artesanos de Santa Ana. Manifestación popular. 1912).

El mismo día, en San Salvador se reunió un grupo de estudiantes y trabajadores miembros del “Comité Organizador de los Trabajos de Defensa Nacional” y repartieron panfletos invitando a la población para otro mitin por la noche en el Parque Bolívar. Según informes de prensa, el público, compuesto en su mayoría de estudiantes y trabajadores, era “inmensa” El presidente no tuvo más remedio que volver al balcón y dirigirse a la multitud con palabras tranquilizadoras: “El Salvador en estos momentos nada tiene que temer”, insistió. Con posterioridad a la primera manifestación había tenido la oportunidad de comunicarse con Washington y se le había asegurado que “los Estados Unidos no tiene el propósito de establecer protectorado alguno en Nicaragua.” Después de que hablara el presidente, un joven levantó la voz. “Hablando el lenguaje de la pasión política”, lanzó “una granizada de dardos hirientes”, acusando al Presidente de mentiroso y de mantener un “silencio criminal” ante el imperialismo yanqui. El agitador fue muy aplaudido (El Meeting de Anoche. 1912).

Además de las manifestaciones, el Comité envió telegramas a activistas en México, Costa Rica, Guatemala y Honduras para anunciar la organización de su grupo y tratando de aunar esfuerzos a nivel internacional “a favor de la soberanía centroamericana violada en Nicaragua”. Enviaron una declaración similar a La Prensa de Buenos Aires. El secretario del Comité no era otro que Salvador Merlos, el activista estudiantil que en marzo había dado la bienvenida a Manuel Ugarte con un discurso fogoso (Cablegramas del comité Defensa Nacional a Centro América y México. 1912).

Los manifestantes no estaban solos. Los periódicos publicaron artículos criticando acerbamente el imperialismo yanqui, concluyendo que Nicaragua había perdido su soberanía (Declaraciones del Ministro Americano. 1912). Los funcionarios electos locales sintieron la necesidad de dar a conocer su opinión. El alcalde de Santa Ana, una ciudad donde el fervor antiimperialista era fuerte, envió un telegrama personal al senador Augustus Bacon, entonces Presidente Pro Tempore del Senado de EE.UU., expresando su vehemente oposición a la intervención en Nicaragua. Para aumentar el impacto distribuyó copias del telegrama a la prensa (Protesta del pueblo santaneco al senador Bacon. 1912).

Las manifestaciones del 8 de septiembre tenían el potencial de

envenenar aún más las ya difíciles relaciones con la administración de Taft. El Diario Oficial publicó un editorial de primera plana afirmando que el gobierno estaba seguro de que los marines en Nicaragua se “se limitarán a garantizar las vidas y propiedades de los extranjeros y que al normalizarse la situación evacuarán el territorio sin atentar contra la soberanía de Nicaragua”, y afirmando que el gobierno no permitiría más manifestaciones callejeras (La Manifestación de Anoche. Declaraciones del Gobierno. 1912). El mismo día, el Ministro de Asuntos Exteriores envió un informe al Encargado de Negocios de EE.UU. citando lo que él decía eran las palabras exactas utilizadas por el presidente Araujo en su discurso a la multitud de manifestantes:

La soberanía de nuestro país hermano no ha sido atacada y no está en peligro. Las tropas estadounidenses que desembarcaron lo hicieron a solicitud del gobierno legalmente establecido de Nicaragua (. . .) Como dijo no hace mucho el Secretario de Estado de ese Gobierno, ‘Cuando los barcos estadounidenses visitan las aguas de El Salvador, lo hacen para transmitir un homenaje de simpatía’ (Hinckley, p. 1046).

El nerviosismo del gobierno salvadoreño era palpable; se encontraba entre la ira de una población muy activa y la amenaza del país más poderoso del hemisferio. El rápido distanciamiento formal de los manifestantes fue seguido inmediatamente por un esfuerzo informal para identificarse con ellos. El día después de la comunicación del Ministro con el diplomático estadounidense, el Diario del Salvador, un periódico con vínculos con el gobierno, publicó un editorial afirmando que era comprensible que los estudiantes, los trabajadores, diplomáticos y escritores “han alzado su voz de protesta contra la intervención norteamericana, protesta que en su oportunidad hizo presente el Jefe de la Nación, Doctor Araujo”, y afirmó que las manifestaciones en las calles acababan de “confirmado lo ya hecho por el Gobierno en son de defensa de la vulnerada autonomía de los Estados centroamericanos” (Nicaragua y las manifestaciones populares. 1912).

Plenamente consciente de la fuerza de la opinión pública el gobierno seguía tratando de encontrar fórmulas que pusieran fin a la guerra civil en Nicaragua y terminaran con la intervención de EE.UU. El 26 de septiembre el Ministro salvadoreño en Washington visitó al Secretario de Estado con otro mensaje de Araujo a Taft. El mensaje sugería que la presencia de marines en Nicaragua era inapropiada y que había ido más allá de la protección de la vida y la propiedad de los ciudadanos estadounidenses.

Pero el punto principal de la carta era sugerir un compromiso: los diplomáticos salvadoreños habían persuadido al asediado presidente de Nicaragua a entregar el poder a Salvador Calderón, un político que también sería aceptable para los liberales. Para el gobierno de El Salvador el plan tenía la ventaja adicional de que se eliminaría “la profunda conmoción que la gravedad de estos hechos ha provocado en este país [El Salvador].” Sin embargo, cuando entregó el mensaje el Ministro salvadoreño ignoraba que el líder de la oposición en Nicaragua se acababa de rendir. De cualquier manera, la administración de Taft no tenía ningún interés en escuchar al presidente Araujo; se le recordó una vez más a su enviado que su jefe era visto con sospecha y que el Departamento de Estado creía que los liberales nicaragüenses estaban recibiendo apoyo a través de las fronteras de El Salvador (Wilson, a, p. 1048).

Durante el resto de 1912 la oposición de la prensa salvadoreña a la intervención de EE.UU. fue desenfrenada. “Las expresiones antiestadounidenses”, dijo el encargado de negocios de los EE.UU. en una carta de protesta dirigida al gobierno de El Salvador, “han llegado a ser tan radicales y furiosas que esa libertad sin límites ha llegado a lo increíble.” Incluso afirmó que se habían hecho llamamientos para matar a ciudadanos estadounidenses residentes en el país (Legación de los Estados Unidos de América. 1912). La respuesta oficial de El Salvador dijo entre otras cosas que el gobierno no quería tomar acciones legales contra la prensa debido a que “en las actuales circunstancias, esto exaltaría aún más los ánimos, produciendo efectos contraproducentes” (Ministro de Relaciones Exteriores a Hinckley. 1912). Las circunstancias habían empeorado con el anuncio de que Nicaragua estaba en conversaciones que iban a permitir a la marina de EE.UU. tener una base en el Golfo de Fonseca.

Dos citas resumen la difícil situación de Araujo a finales de 1912. El enviado británico dijo que “Si las intenciones del Dr. Araujo, como parecía probable al principio, iban a favorecer los intereses de los Estados Unidos cuando llegó al poder, las circunstancias han estado en su contra. Fue líder de la oposición en América Central a la política de Estados Unidos en Nicaragua. . .” (Haggard, 1991a, p. 9). Manuel Ugarte, en un libro de memorias escrito en 1923 escribió que “la presión popular y las manifestaciones callejeras forzaron al mismo presidente Araujo a protestar contra la invasión de Nicaragua y se puso a la cabeza de una protesta conjunta de los gobiernos de América Central” (Ugarte et al., 1925, p. 50). Ambos coinciden en que si no hubiera sido por la presión popular Araujo habría seguido una política de acomodación a los intereses estadounidenses.

La prensa en El Salvador y Costa Rica, para noviembre, aclamaba al presidente Araujo por su política nicaragüense inspirada por el “centroamericanismo” los ideales más altos de la antigua Federación Centroamericana, palabra clave para referirse a lo que ahora eran sus credenciales antiimperialistas (La actitud del Gobierno salvadoreño en el pasado conflicto de Nicaragua. 1912). Como el presidente Araujo no pudo contener a la opinión pública descubrió que podía beneficiarse de la popularidad del antiimperialismo. Los diplomáticos estadounidenses estaban sumamente descontentos con el presidente a medida que los documentos del Foreign Office británico dicen que EE.UU. contemplaba alejarlo del poder (Haggard, 1991b, p. 13).

El 4 de febrero de 1913, el período de Araujo en el cargo terminó abruptamente. A las ocho y media de la noche se sentó en el Parque Bolívar para escuchar un concierto al aire libre. Tres individuos armados con machetes y armas de fuego lo atacaron, sufrió tres heridas de machete en la cabeza y una herida de bala en el hombro derecho. Una puñalada por la espalda completó el trabajo. Araujo murió cinco días más tarde. Aunque el gobierno capturó y ejecutó rápidamente a tres presuntos asesinos, hasta hoy día persisten dudas con respecto al autor intelectual del asesinato. La versión oficial fue que Prudencio Alfaro, el incansable conspirador, ordenó el crimen. También hubo rumores de que un marido celoso, ofendido en su honor por las actividades extracurriculares del Sr. Presidente, ordenó el asesinato (Horrendo atentado contra la vida del señor Presidente Dr. Araujo. 1913; Kuny Mena, 2003).⁶

El 8 de febrero, un día antes de que terminaran los cinco días de agonía de Araujo, EE.UU. y Nicaragua firmaron un tratado enumerando las concesiones que Nicaragua iba a dar a Estados Unidos. Éste llegó a ser conocido como el Tratado Chamorro-Weitzel.⁷

El sucesor de Araujo, Carlos Meléndez, tenía una papa caliente en las manos. El sentimiento antiimperialista era rampante y los detalles del tratado confirmaban los peores temores de los estudiantes, artesanos y trabajadores que habían levantado sus voces en todo el país. No sólo le daba a Estados Unidos derechos exclusivos sobre un canal a través de Nicaragua, sino también incluía un contrato de arrendamiento por noventa y nueve años para una base naval en el Golfo de Fonseca, lo que tenía un impacto directo sobre las aguas territoriales salvadoreñas.

Semana y media después de que Meléndez asumiera la presidencia, el gobierno de Taft envió el barco de guerra USS Denver al puerto salvadoreño de Acajutla para servir como prevención contra disturbios (Heimké, 1967a). El nuevo Presidente agradeció calurosamente al enviado de EE.UU. la presencia de la nave que a su juicio “actuaría como elemento disuasorio para los descontentos del país y restablecería la confianza entre los bien dispuestos.” Al mismo tiempo, Meléndez suplicó que el comandante de se mantuviera en su barco “a fin de no despertar sospechas y evitar más manifestaciones o trastornos” (Heimké, 1967d). Una de las principales preocupaciones del Comandante del Denver era evaluar la actitud hacia Estados Unidos del nuevo presidente. Se dio por satisfecho. De acuerdo con el informe que presentó el Secretario de la Marina, el nuevo presidente era “muy amigable con los estadounidenses y los intereses de Estados Unidos, mucho más de lo que había sido el caso con el fallecido presidente Araujo” (Washington, 1967).

Woodrow Wilson asumió la presidencia a principios de marzo con William Jennings Bryan como Secretario de Estado. Parecía ocasión propicia para que las autoridades salvadoreñas mejoraran las relaciones con Estados Unidos. Después de unos meses difíciles, las dos nuevas administraciones podían empezar de nuevo.

Costa Rica se apresuró a protestar por el Tratado Chamorro-Weitzel el 17 de abril, pero las nuevas autoridades salvadoreñas mantuvieron silencio (Calvo, p. 1022). Su actitud se explica por el hecho de que durante la campaña presidencial tanto Wilson como Bryan habían criticado las políticas imperialistas de Taft y prometieron una actitud diferente. Una semana después de la protesta de Costa Rica, William Jennings Bryan introdujo la gran idea que esperaba que iba a definir su mandato como Secretario de Estado, un programa destinado a crear un marco “que promete ir muy lejos para eliminar la guerra.” La idea era que todos los países firmaran tratados con Estados Unidos para someter sus controversias a una comisión internacional (Bryan, b). El ministro salvadoreño reconoció que la propuesta ofrecía una oportunidad para mejorar las relaciones diplomáticas y se apresuró a acogerla. El Salvador fue el primer país en firmar el tratado; diplomáticos del país no encontraron necesario pedir ni una sola enmienda al texto. Bryan estaba encantado, pocas horas después de la firma envió un telegrama a su esposa: “Firmado tratado con Salvador, primero del Plan de Paz. Veinticuatro otras naciones han apoyado sus principios. Estoy bien pero

me siento solo. Amor para todos. Will” (Bryan, c). Cuando envió una copia del tratado salvadoreño al embajador británico se jactó de que “se hizo de acuerdo con nuestras propuestas en todos sus detalles” (Bryan, 1991). Paso casi un mes antes de que el pueblo de El Salvador se enterara de este triunfo de la diplomacia (Ha desaparecido el peligro de una guerra entre El Salvador y Estados Unidos. 1913).

A lo largo de los primeros meses de la nueva administración el Ministerio de Relaciones Exteriores hizo grandes esfuerzos para asegurar al enviado estadounidense que su gobierno no compartía los sentimientos antiestadounidenses expresados en las calles y que estaba dispuesto a mantener las manifestaciones bajo control. En uno de estas ocasiones el enviado de EE.UU. le dijo al Ministro de Relaciones Exteriores que para demostrar su compromiso podía empezar por detener las actividades del general Abraham Perdomo Herrera, un joven miembro del Estado Mayor, que recientemente había estado haciendo “ardientes discursos antiestadounidenses, incitando al pueblo a levantarse contra lo que él maliciosamente llamaba ‘imperialismo yanqui’”. El ministro dijo que tomaría las medidas del caso (Heimké, 1968bb).⁸

En esos mismos días William Jennings Bryan había reabierto las negociaciones del tratado de Nicaragua y había decidido mejorar lo que se había firmado en febrero. La nueva versión incluía disposiciones similares a la Enmienda Platt a la Constitución cubana: Nicaragua tenía que pedir permiso EE.UU. antes de firmar tratados internacionales y autorizaba explícitamente a los EE.UU. a intervenir en su política interna. Además, había informes de que Bryan había ofrecido acuerdos similares a El Salvador y Honduras (Dollar Diplomacy Outdone. 1913; Wilson y Bryan proyectan establecer un protectorado en todo Centro América. 1913). La noticia no cayó para nada bien en El Salvador. El 26 de julio hubo una “manifestación formidable aunque ordenada” (Heimké, 1968be). para exigir una respuesta enérgica al Departamento de Estado. Esa noche el presidente Meléndez dio el paso extraordinario para dar una entrevista personal al principal periódico, le dijo al entrevistador que no había nada oficial sobre los rumores de una “Enmienda Platt” y que El Salvador estaba haciendo lo correcto, pero que sus acciones eran demasiado delicadas para discutirlos con la prensa (Entrevista con el señor Presidente de la República sobre asuntos de actualidad. 1913). Dos días más tarde, en medio de ese clima de tensión, los periódicos anunciaron que el militar antiimperialista General Perdomo había sido

asesinado a plena luz del día en un altercado callejero. Un par de horas después de su muerte el presidente Meléndez visitó el hospital para dar instrucciones para los arreglos del funeral (El suceso sensacional del mediodía. 1913).

Para entonces, los periódicos decían que Nicaragua se estaba convirtiendo en “un feudo de Estados Unidos” (La Opinión de un Diario Conservador. 1913). El 3 de agosto hubo manifestaciones coordinadas en todas las ciudades principales. En el mitin en el parque principal de la ciudad de Santa Tecla un grupo de ciudadanos se reunió para formar un “Comité para la Defensa Nacional”, alegando que había un “peligro inminente que amenaza de muerte la integridad e independencia del pueblo salvadoreño” (Se fundó en Santa Tecla el Comité de Defensa Nacional. 1913). La gente de Chalchuapa decidió publicar un homenaje literario al general Herrera Perdomo, el recientemente asesinado campeón del antiimperialismo (Corona literaria a la memoria de Perdomo Herrera. 1913).⁹ La situación se volvió tan grave que el ministro Heimké solicitó la visita de un buque de guerra de EE.UU. a las aguas salvadoreñas (Heimké, 1968bf).¹⁰

La agitación en San Salvador puso al nuevo presidente en una situación complicada. Su situación se hizo más difícil después de que inquisitivos periodistas de Nueva York lo contactaron para solicitar su opinión sobre las políticas que proponía Bryan. Recibió preguntas de el *New York Times*, el *New York Herald*, el *New York Sun*, y *The World*. Meléndez no tuvo más remedio que afirmar que el tratado propuesto perjudicaría la soberanía de El Salvador y haría imposible llegar a una unión de las Repúblicas de Centroamérica. Sus respuestas aparecieron el día siguiente en la portada del *Diario del Salvador* (Los principales diarios de Nueva York han solicitado la opinión del Presidente Meléndez. 1913). En privado, el Presidente le dijo a su buen amigo personal Heimké (habían sido amigos desde 1909, o por lo menos eso es lo que decía el enviado de EE.UU.) que “él siempre haría esfuerzos especiales y le daría un gran placer cumplir con los deseos del Gobierno de los Estados Unidos” (Heimké, 1968ba).

Entre julio y septiembre, las referencias a los peligros del imperialismo yanqui eran ubicuos e implacables en la prensa. Para septiembre la presión popular era tan fuerte que el gobierno de El Salvador sintió la necesidad de hacer un gesto público. El Presidente Meléndez escribió a sus colegas de Costa Rica, Honduras y Guatemala para discutir “ la adquisición potencial por parte de los Estados Unidos [del Golfo de]

Fonseca y las estaciones [del Golfo] Dulce ” (Memoria de los actos del Poder Ejecutivo en el ramo de Relaciones Exteriores. 1914; Hale,). No se llevó a cabo la reunión, probablemente debido a la acción rápida de parte del Departamento de Estado. Pero la nueva actitud oficial de El Salvador fue tomando forma. Las publicaciones jurídicas, como la revista de la Corte Suprema empezaron a publicar artículos de derecho internacional que buscaban articular una respuesta jurídica a la presión de EE.UU. . La Doctrina Drago, un argumento que desarrolló Argentina en 1902 contra el uso de la fuerza para resolver los conflictos internacionales, por ejemplo, mereció una atención renovada (Doctrina Drago. 1914). Las mentes legales del Ministerio de Relaciones Exteriores estaban trabajando en lo que ellos consideraban como una nueva “doctrina” internacional en relación con las aguas internacionales. La primera versión de la “Doctrina Meléndez” hizo su debut en octubre, en una carta al Secretario de Estado en protesta contra el Tratado de Nicaragua. El argumento en contra del tratado era que por razones históricas y geográficas, no sólo Nicaragua, sino también El Salvador y Honduras, tenían derechos sobre el Golfo de Fonseca. Asimismo, se darían serios problemas de seguridad si Estados Unidos establecía una base en el lado nicaragüense del Golfo. Como lo puso el Ministro de Relaciones Exteriores en una carta, “en caso de guerra de los Estados Unidos con otra potencia marítima, los tres Estados dueños del Golfo se verían necesariamente envueltos en serios peligros y graves dificultades para conservar y defender su neutralidad; convirtiéndose, además, sus aguas territoriales dentro del Golfo, en campo de beligerancia, y rodeados de todas las calamidades propias de la lucha armada” (Memoria de los actos del Poder Ejecutivo en el ramo de Relaciones Exteriores. 1914). La carta fue divulgada ampliamente; el *Diario Oficial* la presentó como una política que se había forjado de acuerdo con la opinión pública (Nuestra protesta ante el Gobierno de Estados Unidos. 1913).

Dado que el Senado de los EE.UU. había mostrado poco entusiasmo por el tratado presentado que Bryan había presentado en julio, la administración de Wilson decidió no presentar el tema y pasó a otras prioridades. Pero en diciembre el Senado volvió a hablar sobre la ratificación del tratado al mismo tiempo que la legislatura de Nicaragua aprobó un voto de confianza en la política exterior de la administración de Díaz (Nicaragua Approves Canal Treaty . 1914). Regresó la discusión activa del tratado de Nicaragua, las protestas en El Salvador volvieron con nuevo vigor.

El domingo 11 de enero de 1914, a media tarde, hubo una reunión en un pequeño hotel, el Hotel Granada. “Estaba repleto de patriotas, y una multitud del pueblo invadía los corredores contiguos y salas anexas”, decía un reportaje. De acuerdo con el *Diario Latino* “era de verse cómo hasta los más humildes y más pobres salvadoreños vaciaron sus bolsillos y prometieron hacer todo sacrificio en el trabajo para que la propaganda de la causa no decaiga por falta de recursos” (La reunión patriótica de ayer . 1914). Durante la reunión se organizó un comité de dirección para agitar en Centroamérica, eligieron a Carlos Dárdano como presidente. (Dárdano era el aliado de Prudencio Alfaro que había tratado de derrocar a Araujo en 1911). El enviado de EE.UU. calificó al evento como caótico, pero no sabía muy bien cómo interpretarlo. En un despacho especuló la reunión había sido organizada por agentes del gobierno, y en un segundo mensaje destacó el hecho de que Carlos Dárdano era un conspirador bien conocido (Heimké, 1968bc). Tres días más tarde, las mismas personas que habían organizado la reunión Hotel Granada crearon la Liga Patriótica Centroamericana con delegados en todos los departamentos y subcomités en las principales ciudades.

Una semana más tarde la Sociedad Juventud y Progreso publicó una declaración oponiéndose al tratado de Nicaragua criticando “la forma de conquista militar e inmotivada que ha observado la Nación norteamericana con algunos de los miembros débiles de nuestra raza latina, y especialmente en algunos de Centro América Central, es de todo punto escandalosa, humillante, y sobre todo violadora los principios del Derecho internacional”, por lo que era “un deber de la opinión popular de los países ya sometidos, y de los amenazados al sometimiento, protestar contra semejante conducta” (Heimké, 1968bd).

Para entonces la posición oficial del gobierno era de oposición pública al tratado de Nicaragua, pero el lenguaje de los grupos populares era muy diferente al oficial. Thomas Hinckley, un diplomático que había pasado años en San Salvador describió la situación con precisión: “Es la opinión general de aquellos que conocen las condiciones políticas en América Central que el sentimiento antiestadounidense existe en mayor medida en El Salvador que en cualquiera de las otras repúblicas centroamericanas. Se puede decir que cualquier administración presidencial gana popularidad iniciando ataques en la prensa, o de otra manera, contra de Estados Unidos: si bien, se cree que esto lo hacen a veces para distraer la atención pública de la política local. . . los de la clase artesana son los más agrios en sus expresiones” (Hinckley, 1967).

Las razones expresadas para oponerse a la expansión de EE.UU. en el Caribe eran variadas. Como indica la declaración de la Sociedad Juventud y Progreso, cierta oposición era reacción a la soberbia de los invasores. Les molestaba la arrogancia anglosajona que se aprovechó de su debilidad y no valoraba su forma de vida. Una de las expresiones más elocuentes de este sentimiento se encuentra en un escrito de los miembros del cabildo municipal de Apopa. Ellos reaccionaron a la noticia de la posibilidad de un protectorado en Nicaragua con una declaración oficial que enviaron a la prensa:

(. . .) tenemos conocimiento que una mano extraña y muy lejos de nuestra sanguinidad y sin que nadie de este suelo se lo permita, quiere tomar parte directa en nuestro modo de vivir, costumbres y modo de ser y aun en nuestros propios intereses, quizá en la creencia de nuestra debilidad e ignorancia, porque así nos quieren conceptuar; pero los hijos del Salvador somos humildes, hospitalarios en todo tiempo, y para todo ser que abrigue sentimientos nobles e iguales a los que en este momento expresamos, pues aunque Norte América se crea la gran civilización del mundo, también nosotros tenemos Constitución y leyes muy sabias y derecho propio para gobernarnos entre sí, sin intervención de un genio extraño (. . .) (La protesta de Apopa contra el proyecto del protectorado. 1913)

La escritos salvadoreños en oposición al intervencionismo de EE.UU. también hacían frecuentes referencias a la “latina raza”, una idea en evolución que, como Michel Gobat ha demostrado, era paralela a la idea de América Latina y se desarrolló como respuesta al expansionismo de EE.UU. en la segunda mitad del siglo XIX (Gobat, 2013). Un director de escuela de una ciudad de provincias, escribió un largo editorial elaborando sobre cómo EE.UU. odiaba el lenguaje y el carácter de la “raza latina (...) con el odio de exterminio a hierro y fuego” (Hidalgo Morales, 1912a).

Las publicaciones en contra de las intervenciones de Estados Unidos también incluían una gran medida de ansiedad económica. Los propietarios temían que una ocupación estadounidense podría significar la pérdida de sus activos (Hidalgo Morales, 1912a). Los trabajadores temían quedar sin trabajo, desplazados por la importación de máquinas poderosas y la inmigración de trabajadores negros y blancos (Hidalgo Morales, 1912b). Estas preocupaciones eran estimuladas por informes acerca de la “angustiosa situación en Nicaragua”, donde el precio de las necesidades más básicas había aumentado a niveles “absurdos” haciendo la vida muy difícil para

las clases más pobres (Angustiosa situación de Nicaragua. Vivir muriendo. 1912).

Había también aquellos que estaban conscientes de que no todos los salvadoreños tenían los mismos intereses en juego. Ellos desconfiaban de los poderosos que estaban en la posición de entregar la soberanía y podrían ser fácilmente corrompidos por los “fascinantes resplandores” del dólar (Navas G., 1912).

Desde luego, no todo el mundo hacía una condena general de los EE.UU., algunos expresaban cierta admiración, pero exigían igualdad de condiciones. Philander Knox, por ejemplo, era bienvenido. Siempre y cuando llegara como un igual sería recibido con “las consideraciones del amigo y del caballero”, pero si buscaba la conquista, el pueblo salvadoreño respondería “armas en mano, aun conociendo su debilidad, rechazara al invasor. . .” (En vísperas de la venida de Mr. Knox. 1912).

Durante el primer semestre de 1914 la oposición al Tratado de Nicaragua se trasladó de manera constante del Parque Bolívar al Palacio Nacional. Carlos Meléndez estaba preparando su candidatura a las elecciones presidenciales de enero del año siguiente al mismo tiempo que la administración de Wilson estaba haciendo las revisiones finales al tratado con Nicaragua. Meléndez tuvo que renunciar porque la Constitución prohibía la candidatura de un presidente en funciones, por lo tanto a finales de junio entregó la presidencia a su cuñado el Dr. Alfonso Quiñónez Molina (La Comisión de Poderes y Excusas opina porque se conceda licencia al señor Presidente Meléndez. 1913). Pasaron dos meses entre el momento en que el Presidente anunció que dejaría el cargo y la transferencia real del poder al Dr. Quiñónez. Durante este difícil período, en un país muy inestable, las autoridades salvadoreñas hicieron todo lo posible para demostrar de forma estridente su oposición a la inclusión de una sección similar a la Enmienda Platt en el tratado de Nicaragua. En primer lugar, el Presidente se saltó los canales diplomáticos y envió una carta al senador William Alden Smith, del Comité de Relaciones Exteriores del Senado instando Smith a que “exigiera al Departamento de Estado que le presentara la correspondencia que mostraba la oposición de El Salvador al protectorado propuesto” (Salvador Protests Direct to Senate. 1914). Luego el Ministro de El Salvador en Washington coordinó con diplomáticos de Costa Rica para presentar una nota formal al

Departamento de Estado que detallaba las objeciones de su gobierno al Tratado de Nicaragua (Legación de El Salvador en Washington. 1914).

William Jennings Bryan y el enviado de Nicaragua en Washington, el general Emiliano Chamorro, firmaron el tratado el 5 de agosto. El Tratado Bryan-Chamorro no incluyó disposiciones similares a la Enmienda Platt, pero dio a Estados Unidos el derecho a construir una base en el Golfo de Fonseca. Cuando el Senado de EE.UU. ratificó el tratado en febrero de 1916 el presidente Meléndez ya había sido electo, pero tenía un control tenue sobre el poder, enfrentaba conspiraciones y agitación antiimperialista continua. El Salvador estaba listo con un argumento jurídico complejo contra el tratado. Siguiendo el ejemplo de Costa Rica, acudió a la Corte Centroamericana de Justicia para demandar a Nicaragua por haber firmado un tratado que violaba los intereses salvadoreños mediante la aceptación de una base extranjera en el Golfo de Fonseca. En menos de un año el tribunal falló en contra de Nicaragua. Ni Nicaragua ni Estados Unidos aceptaron el fallo, pero la Marina de los EE.UU. nunca llegó a construir una base. Los sucesivos presidentes que formaron la dinastía Meléndez-Quiñónez podían afirmar que habían impedido que Estados Unidos tornaran a Nicaragua en un protectorado completo y el establecimiento de una base naval que comprometía las aguas territoriales salvadoreñas.

La narrativa tradicional de la Doctrina Meléndez como un emblema del nacionalismo de las élites salvadoreñas a principios del siglo XX no se sostiene cuando se examina con cuidado el contexto político en el que se produjo. Las comunicaciones entre las autoridades salvadoreñas y las estadounidenses muestran que las primeras fueron sumamente cautelosas ante el creciente intervencionismo de la nueva potencia continental. Por otro lado, las nuevas agrupaciones urbanas actuaron con un vigor sin precedentes, gran capacidad de organización y tremenda motivación para protestar en contra de las acciones de Estados Unidos en Nicaragua. La política salvadoreña ante Estados Unidos desde el período de Manuel Enrique Araujo hasta el de la dinastía Meléndez Quiñónez fue una respuesta a una tremenda presión desde las bases. Si la política de El Salvador contribuyó a evitar que toda Centroamérica terminara como protectorado y a que no hubiera bases norteamericanas en el Golfo de Fonseca, fue el resultado de la presión popular y no de iniciativas que surgieron del Palacio Nacional. El antiimperialismo motivó las primeras grandes movilizaciones del siglo veinte y contribuyó a crear

una capacidad organizativa y un espíritu combativo que moldearon las acciones de las organizaciones de artesanos, obreros y estudiantes en las décadas futuras.

Bibliográfica

1. La actitud del Gobierno salvadoreño en el pasado conflicto de Nicaragua. (1912, 27 de noviembre). *Diario del Salvador*.
2. Angustiosa situación de Nicaragua. Vivir Muriendo. (1912, 14 de marzo). *Vox Populi*.
3. Beltrán y Rózpide, R. (1913). *Los pueblos hispanoamericanos en el siglo XX. Cuarto Trienio 1910-1912*. Madrid: Administración Militar.
4. Bryan, W. J. (1991). Carta a Sir C. Spring-Rice, 22 de agosto, 1913. En G. Philip, K. Bourne, D. C. Watt, Great Britain & Foreign Office (Eds.), *Further Correspondence respecting the Affairs of South and Central America, 1913. British documents on foreign affairs--reports and papers from the Foreign Office Confidential Print. Part I, From the mid-nineteenth century to the First World War. Series D, Latin America, 1845-1914*. Bethesda, Md. : University Publications of America.
5. Bryan, W. J. (a). *Carta a Jorge Meléndez, 2 de marzo de 1923*. Manuscrito inédito. William Jennings Bryan Papers. General Correspondence, Box 29. Library of Congress, Washington DC.
6. Bryan, W. J. (b). *Mr Bryan Tells of State Problems, 12 de agosto, 1913*. Manuscrito inédito. William Jennings Bryan Papers. General Correspondence, Box 29. Library of Congress, Washington DC.
7. Bryan, W. J. (c). *Telegrama a Mrs. W. J. Bryan, 7 de agosto, 1913*. Manuscrito inédito. William Jennings Bryan Papers. General Correspondence, Box 29. Library of Congress, Washington DC.
8. Cablegrama del Presidente de El Salvador a la Legación en Washington. (1912, septiembre). *Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores de El Salvador*, 3.
9. Cablegramas del comité Defensa Nacional a Centro América y México. (1912, 10 de septiembre). *Diario del Salvador*.

10. Calvo, J. B. Carta al Secretario de Estado, 17 de abril, 1913. En United States. Department of State (Ed.), *Foreign Relations of the United States, Nicaragua 1912*. United States. Department of State. Washington, DC.
11. Carden, L. (1991). Central America, Annual Report 1911. En G. Philip, K. Bourne, D. C. Watt, Great Britain & Foreign Office (Eds.), *British documents on foreign affairs--reports and papers from the Foreign Office Confidential Print. Part I, From the mid-nineteenth century to the First World War. Series D, Latin America, 1845-1914*. Bethesda, Md. : University Publications of America.
12. La Comisión de Poderes y Excusas opina porque se conceda licencia al señor Presidente Meléndez. (1913, 29 de junio). *Diario del Salvador*.
13. Corona literaria a la memoria de Perdomo Herrera. (1913, 12 de agosto). *Diario del Salvador*.
14. Dabney, T. E. (1968a). Carta al Secretario de Estado, 20 de septiembre, 1910. En United States. Department of State (Ed.), *Records of the Department of State relating to political relations between the United States and El Salvador, 1910-29. National Archives microfilm publications; microcopy no. 659*. Washington, D. C: National Archives and Records Service.
15. Declaraciones del Ministro Americano. (1912, 10 de septiembre). *El Independiente*.
16. Doctrina Drago. (1914, mayo). *Revista Judicial*.
17. Dodge, P. (1967). Cartas a Alvey Adee. 5 y 6 de octubre. 1910. En United States. Department of State (Ed.), *Records of the Department of State relating to internal affairs of El Salvador, 1910-29. National Archives microfilm publications; microcopy no. 658*. Washington: National Archives, National Archives and Records Service, General Services Administration.
18. Dollar Diplomacy Outdone. (1913, 21 de julio). *New York Times*.
19. El Salvador, Ministerio de Cultura. (1949). *Las Tres doctrinas: La Doctrina Monroe, La Doctrina Drago, La Doctrina Meléndez*. San Salvador: Ediciones del Ministerio de Cultura.

20. En vísperas de la venida de Mr. Knox. (1912, 10 de marzo). *Vox Populi*.
21. Entrevista con el señor Presidente de la República sobre asuntos de actualidad. (1913, 26 de julio). *Diario del Salvador*.
22. Gobat, M. (2013). The Invention of Latin America: A Transnational History of Anti-Imperialism, Democracy, and Race. *The American Historical Review*, 118(5), 1345-1375.
23. Ha desaparecido el peligro de una guerra entre El Salvador y Estados Unidos. (1913, 2 de septiembre). *Diario del Salvador*.
24. Haggard, G. (1991a). Central America, Annual Report 1912. En G. Philip, K. Bourne, D. C. Watt, Great Britain & Foreign Office (Eds.), *British documents on foreign affairs--reports and papers from the Foreign Office Confidential Print. Part I, From the mid-nineteenth century to the First World War. Series D, Latin America, 1845-1914*. Bethesda, Md. : University Publications of America.
25. Haggard, G. (1991b). Central America, Annual Report 1913. En G. Philip, K. Bourne, D. C. Watt, Great Britain & Foreign Office (Eds.), *British documents on foreign affairs--reports and papers from the Foreign Office Confidential Print. Part I, From the mid-nineteenth century to the First World War. Series D, Latin America, 1845-1914*. Bethesda, Md. : University Publications of America.
26. Hale, E. J. Carta al Secretario de Estado, 19 de septiembre, 1913. En United States. Department of State (Ed.), *Foreign relations of the United States, Nicaragua 1913* United States. Department of State. Washington, DC.
27. Heimké, W. (1967a). Carta a Comandante del USS Denver. 18 de febrero, 1913. En United States. Department of State (Ed.), *Records of the Department of State relating to internal affairs of El Salvador, 1910-29. National Archives microfilm publications; microcopy no. 658*. Washington: National Archives, National Archives and Records Service, General Services Administration.
28. Heimké, W. (1967b). Carta a Departamento de Estado. 28 de octubre, 1911. En United States. Department of State (Ed.), *Records of the Department of State relating to internal affairs of*

- El Salvador, 1910-29. National Archives microfilm publications; microcopy no. 658.* Washington: National Archives, National Archives and Records Service, General Services Administration.
29. Heimké, W. (1967c). Carta a Secretario de Estado. 3 de julio, 1911. Anexo. En United States. Department of State (Ed.), *Records of the Department of State relating to internal affairs of El Salvador, 1910-29. National Archives microfilm publications; microcopy no. 658.* Washington: National Archives, National Archives and Records Service, General Services Administration.
 30. Heimké, W. (1967d). Carta al Departamento de Estado. 26 de febrero, 1913. En United States. Department of State (Ed.), *Records of the Department of State relating to internal affairs of El Salvador, 1910-29. National Archives microfilm publications; microcopy no. 658.* Washington: National Archives, National Archives and Records Service, General Services Administration.
 31. Heimké, W. (1968aa). Carta al Departamento de Estado, 12 de enero, 1911. En United States. Department of State (Ed.), *Records of the Department of State relating to political relations between the United States and El Salvador, 1910-29. National Archives microfilm publications; microcopy no. 659.* Washington, D. C: National Archives and Records Service.
 32. Heimké, W. (1968ab). Carta al Secretario de Estado, 2 de marzo, 1912. En United States. Department of State (Ed.), *Records of the Department of State relating to political relations between the United States and El Salvador, 1910-29. National Archives microfilm publications; microcopy no. 659.* Washington, D. C: National Archives and Records Service.
 33. Heimké, W. (1968ba). Carta al Departamento de Estado. 12 de agosto, 1913. En United States. Department of State, United States & National Archives and Records Service (Eds.), *Records of the Department of State relating to political relations between the United States and Central America, 1911-29. National Archives microfilm publications; microcopy no. 673.* Washington: National Archives, National Archives and Records Service, General Services Administration.
 34. Heimké, W. (1968bb). Carta al Departamento de Estado. 12 de julio, 1913. En United States. Department of State, United States

- & National Archives and Records Service (Eds.), *Records of the Department of State relating to political relations between the United States and Central America, 1911-29. National Archives microfilm publications; microcopy no. 673*. Washington: National Archives, National Archives and Records Service, General Services Administration.
35. Heimké, W. (1968bc). Carta al Departamento de Estado. 17 y 26 de enero, 1914. En United States. Department of State (Ed.), *Records of the Department of State relating to political relations between the United States and Central America, 1911-29. National Archives microfilm publications; microcopy no. 673*. Washington: National Archives and Records Service.
36. Heimké, W. (1968bd). Carta al Departamento de Estado. 25 de enero, 1914. Anexo. En United States. Department of State, United States & National Archives and Records Service (Eds.), *Records of the Department of State relating to political relations between the United States and Central America, 1911-29. National Archives microfilm publications; microcopy no. 673*. Washington: National Archives, National Archives and Records Service, General Services Administration.
37. Heimké, W. (1968be). Carta al Departamento de Estado. 29 de julio, 1913. En United States. Department of State, United States & National Archives and Records Service (Eds.), *Records of the Department of State relating to political relations between the United States and Central America, 1911-29. National Archives microfilm publications; microcopy no. 673*. Washington: National Archives, National Archives and Records Service, General Services Administration.
38. Heimké, W. (1968bf). Carta al Departamento de Estado. 5 de agosto, 1913. En United States. Department of State, United States & National Archives and Records Service (Eds.), *Records of the Department of State relating to political relations between the United States and Central America, 1911-29. National Archives microfilm publications; microcopy no. 673*. Washington: National Archives, National Archives and Records Service, General Services Administration.
39. Hidalgo Morales, P. (1912a, 7 de marzo). Conferencia del Director del Instituto San Carlos en el acto de recibirle la protesta de ley

como miembro de la Sociedad “Unión de Amigos”, de la ciudad de Suchitoto. . *Vox Populi*.

40. Hidalgo Morales, P. (1912b, 10 de marzo). Continuación. Conferencia del Director del Instituto San Carlos en el acto de recibirle la protesta de ley como miembro de la Sociedad “Unión de Amigos”, de la ciudad de Suchitoto. *Vox Populi*.
41. Hinckley, T. Carta al Secretario de Estado, 10 de septiembre, 1912. En United States. Department of State (Ed.), *Foreign relations of the United States, Nicaragua 1912* United States. Department of State. Washington, DC.
42. Hinckley, T. (1967). Carta al Secretario de Estado fechada en Roma, 30 de marzo de 1914. En United States. Department of State (Ed.), *Records of the Department of State relating to internal affairs of El Salvador, 1910-29. National Archives microfilm publications; microcopy no. 658*. Washington: National Archives, National Archives and Records Service, General Services Administration.
43. Horrendo atentado contra la vida del señor Presidente Dr. Araujo. (1913, 5 de febrero). *Diario Oficial*,
44. Keilhauer, R. (1967). Cartas a Departamento de Estado. 9 y 30 de noviembre, 1910. En United States. Department of State (Ed.), *Records of the Department of State relating to internal affairs of El Salvador, 1910-29. National Archives microfilm publications; microcopy no. 658*. Washington: National Archives, National Archives and Records Service, General Services Administration.
45. Knox, P. (1968a). Carta a Legación. 11 de enero, 1912. En United States. Department of State (Ed.), *Records of the Department of State relating to political relations between the United States and El Salvador, 1910-29. National Archives microfilm publications; microcopy no. 659*. Washington, D. C: National Archives and Records Service.
46. Knox, P. C. “*Presidents and Cabinets of the Caribbean Governments. Confidential*”. Manuscrito inédito. *Philander C. Knox Papers, 1796-1922 (Bulk 1901-1921)*. Library of Congress, Washington D.C.

47. Kuny Mena, E. (2003, mayo 11). A 90 años del magnicidio. Doctor Manuel Enrique Araujo. *El Diario de Hoy, Vértice*,
48. Lecciones que han debido aprovecharse. La guerra del filibusterismo 1855-1857 . (1912, 12 de marzo). *Vox Populi*.
49. Legación de El Salvador en Washington. (1914, julio, agosto, septiembre).
50. Legación de los Estados Unidos de América. (1912, octubre). *Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores de El Salvador*, 45.
51. La manifestación de anoche. (1912, 5 de septiembre). *Diario del Salvador*:
52. La Manifestación de Anoche. Declaraciones del Gobierno. (1912, 9 de septiembre). *Diario Oficial*,
53. El Meeting de Anoche. (1912, 9 de septiembre). *Diario del Salvador*:
54. Memoria de los actos del Poder Ejecutivo en el ramo de Relaciones Exteriores. (1914, febrero). *Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores de El Salvador*;
55. Merlos, S. (1914). *América Latina ante el peligro* (First ed.). San José, Costa Rica: Imprenta G. Matamoros.
56. Ministro de Relaciones Exteriores a Hinckley. (1912, octubre). *Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores de El Salvador*, 46.
57. Navas G., A. (1912, 11 de mayo). Alerta!!! *Vox Populi*.
58. Nicaragua Approves Canal Treaty . (1914, 16 de enero). *New York Times*.
59. Nicaragua y las manifestaciones populares. (1912, 11 de septiembre). *Diario del Salvador*:
60. Nuestra protesta ante el Gobierno de Estados Unidos. (1913, 23 de octubre). *Diario Oficial*.
61. La Opinión de un Diario Conservador. (1913, 1 de agosto). *Diario del Salvador*:
62. Los principales diarios de Nueva York han solicitado la opinión del Presidente Meléndez. (1913, 24 de julio). *Diario del Salvador*:

63. La protesta de Apopa contra el proyecto del protectorado. (1913, 15 de agosto). *Diario del Salvador*.
64. Protesta de los artesanos de Santa Ana. Manifestación popular. (1912, 9 de septiembre). *Diario del Salvador*.
65. Protesta del pueblo santaneco al senador Bacon. (1912, 10 de septiembre). *Diario del Salvador*.
66. La reunión patriótica de ayer . (1914, 12 de enero). *Diario Latino*.
67. Rodríguez González, S. (1917). *El Golfo de Fonseca en el derecho público centroamericano: la doctrina Meléndez*. San Salvador: Imprenta Nacional.
68. El Salvador ante el conflicto de Nicaragua. (1912, septiembre). *Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores de El Salvador*, 1.
69. Salvador Protests Direct to Senate. (1914, 9 de julio). *New York Times*.
70. Schoonover, T. (1989). A United States Dilemma: Economic Opportunity and Anti-Americanism in El Salvador, 1901-1911. *Pacific Historical Review*, 58 (4).
71. Se fundó en Santa Tecla el Comité de Defensa Nacional. (1913, 7 de agosto). *Diario del Salvador*.
72. El suceso sensacional del mediodía. (1913, 28 de julio). *Diario del Salvador*.
73. Sucesos de Nicaragua. Estados Unidos en Nicaragua. (1912, 2 de septiembre). *Diario del Salvador*.
74. La suerte de Panamá . (1908, 1 de julio). *Repertorio del Diario de El Salvador*, 2229.
75. Telegrama del Presidente de la República al Ministro de El Salvador en Managua. (1912, septiembre). *Boletín del Ministerio de Relaciones Exteriores de El Salvador*, 2.
76. Ugarte, M., Rippey, J. F., & Phillips, C. A. (1925). *The destiny of a continent*. New York: A. A. Knopf.
77. Washington, T. (1967). Carta a Secretario de la Marina, 22 de febrero, 1913. En United States. Department of State (Ed.), *Records of the Department of State relating to internal affairs of El Salvador, 1910-29*. National Archives microfilm publications;

- microcopy no. 658*. Washington: National Archives, National Archives and Records Service, General Services Administration.
78. Wilson y Bryan proyectan establecer un protectorado en todo Centro América. (1913, 23 de julio). *Diario del Salvador*.
79. Wilson, H. (a). "Interview between the Acting Secretary and the Minister of Salvador", Washington, 26 de septiembre, 1912. En United States. Department of State (Ed.), *Foreign relations of the United States, Nicaragua 1912*. United States. Department of State. Washington, DC.(OCoLC)55118159] Washington, DC. : Dept. of State : U. S. G. P. O.
80. Wilson, H. (b). Telegram to American Minister to Salvador, septiembre 4, 1912. En United States. Department of State (Ed.), *Foreign relations of the United States, Nicaragua 1912* . United States. Department of State. Washington, DC.

Notas

1 El artículo fue presentado en la mesa sobre "Historia de los procesos políticos y relaciones internacionales, siglo XX", en el contexto del XII Congreso Centroamericano de Historia, que se llevó a cabo durante el 14-18 de julio de 2014, en la Universidad de El Salvador.

2 El autor es Profesor de historia de Latinoamérica e investigador en Fordham University, 113 West 60th. Street Room, 414C New York, NY 10023, lindo@fordham.edu.

3 Agradezco de manera especial el apoyo de Rubén González Márquez que me ayudó a obtener información en El Salvador. La doctrina se refiere a la jurisdicción y soberanía conjunta sobre aguas territoriales.

4 El antiimperialismo era, en El Salvador, una forma de antiamericanismo. Para discusiones del antiamericanismo en América Latina ver (Grandin, 2006, McPherson, 2003).

5 Este fue el caso cuando a principios de noviembre el gobierno censuró un artículo de la Associated Press sobre un incidente que había provocado fuertes reacciones en México, el linchamiento de un ciudadano mexicano en Texas (Heikmé, 1968a). A pesar de los esfuerzos del gobierno, el *Diario del Salvador* publicó un artículo sobre el linchamiento el 19 de noviembre, 1910.

6 La única sugerencia de involucramiento de EE.UU. que he encontrado es tangencial. Viene de un folleto publicado en la República Dominicana en

honor al presidente recientemente asesinado. El título del folleto es “Una Víctima Americana “. No está claro si el título dice que él era una víctima de los americanos o una víctima nacida en el continente americano. El autor del folleto, E. Freites Roques, envió sus condolencias a los jóvenes de El Salvador por la muerte de un “digno enemigo del yanquismo”. E. Freites Roques, *Una víctima americana* (Santo Domingo, Imp. J. R. vda. García, 1913) p. 33

7 Por cierto, esa versión del tratado nunca fue ratificada y finalmente fue reemplazada por el Tratado Chamorro Bryan.

8 Perdomo era, en efecto, notoriamente antiimperialista, hasta el punto de que había viajado a Nicaragua a finales de la guerra civil de Mena para luchar contra los infantes de marina. Él parece haber tenido un número significativo de seguidores, el 13 de julio hubo una manifestación callejera en San Salvador para apoyarlo. Ver *Diario del Salvador* octubre y noviembre de 1912, y 14 de julio de 1913.

9 Las fuentes estadounidenses se refieren a él como el Teniente Coronel, los periódicos salvadoreños le llaman General.

10 La visita nunca se realizó.